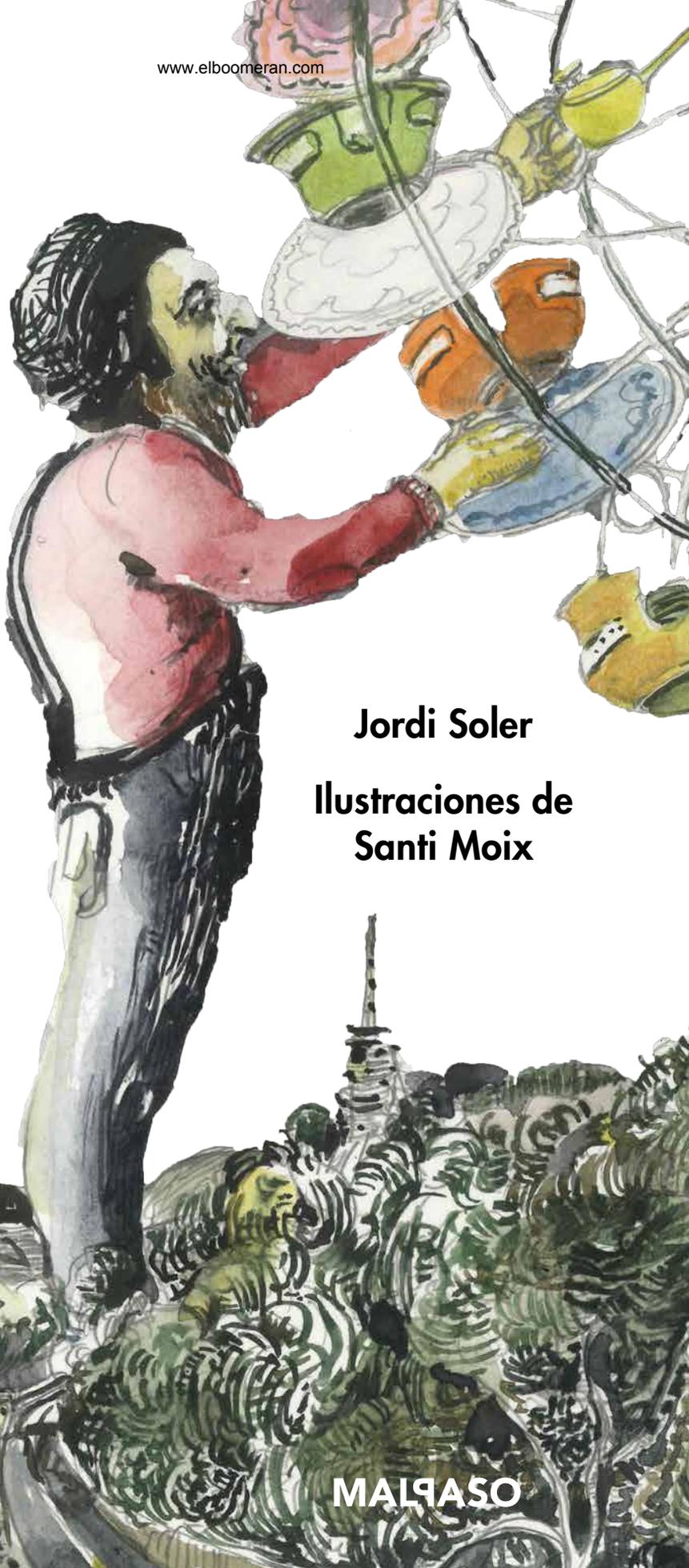


Noviembre y Febrerito



Jordi Soler

Ilustraciones de
Santi Moix

MALPASO



A Laia y a Matías

El gigante
que aceitaba
la noria
del Tibidabo

Noviembre y Febrerito

Jordi Soler
Ilustraciones de
Santi Moix

MALPASO



1

Noviembre era un gigante que vivía en el bosque. Sus padres eran gigantes, y también lo habían sido sus abuelos, sus bisabuelos y, hasta donde se sabía, todos sus antepasados.

Todos eran gigantes en la familia de Noviembre excepto Febrerito, su hermano mellizo, que era de talla normal.

Esta familia vivía en lo alto de una montaña, en una aldea con otras familias que eran también de gigantes, tenían casas enormes, con camas y mesas y sillas muy grandes, y también unos vasos voluminosos que Febrerito debía coger con las dos manos, y unos tenedores muy largos que podían servirle de bastón.

Como todo era demasiado alto para él y todo le quedaba demasiado lejos, Febrerito se pasaba el día pidiéndole a Noviembre, su hermano, que lo ayudara a subir a tal sitio o que le alcanzara alguna cosa o de plano que lo llevara en brazos cada vez que le daba pereza caminar.

Cuando Febrerito y Noviembre eran pequeños, la madre vivía preocupada porque uno apenas probaba la comida y el otro la devoraba; del pollo no dejaba ni los huesos, y el chuletón, que a Febrerito le duraba tres días, Noviembre lo devoraba de un solo bocado.

Noviembre iba creciendo con normalidad y Febrerito iba quedándose cada vez más pequeño, cosa que su madre, una gigante rubia que olía a ropa recién lavada, achacaba a lo poco que comía. Para remediar esto empezó a alimentar a Febrerito por la fuerza para que alcanzara la talla de su hermano, pero aquel esfuerzo, en lugar de hacer crecer al niño, lo fue haciendo más ancho y más redondo.

Cuando los mellizos cumplieron ocho años, Noviembre era un niño gigante y espigado que ya llegaba al ombligo de su padre y Febrerito un niño gordo y bajito que, ni de puntillas, llegaba al ombligo de su hermano.

El padre de los mellizos era pastor, poseía un rebaño de cabras que llevaba todos los días a la ladera de la montaña. Tenía el mismo oficio que habían tenido su padre y su abuelo y, debido a esto, en la aldea lo conocían como Pastorcito. El nombre era un poco ridículo para un gigante de sus dimensiones, sobre todo cuando se lo veía junto a su hijo Febrerito, que era de verdad pequeño. Era tan ridículo como el tamaño de las cabras que formaban su rebaño, que eran de talla normal pero, a su lado, parecían muy pequeñas.

La madre, esa gigante rubia que olía a ropa recién lavada, pasó toda la infancia de los mellizos vigilando que Noviembre no le hiciese daño, sin querer, a Febrerito. «¡Cuidado con tu hermano!», gritaba a Noviembre todo el día. «¡No vayas a sentarte encima de Febrerito!», decía la gigante cuando notaba que Noviembre andaba un poco distraído. Y en la noche, como los mellizos dormían en la misma cama, la gigante casi no pegaba ojo. Todo el tiempo comprobaba que Noviembre no estuviera encima de su hermano y, con frecuencia, encontraba a éste bajo una de las enormes almohadas o enredado entre los pliegues de la inmensa manta.

Pastorcito y la gigante pensaban que Febrerito no era un niño normal, no crecía por más que lo alimentaban. Pero un día, cuando los mellizos tenían ya diez años cumplidos, descubrieron en el desván una caja de fotografías y, entre ellas, una muy antigua de los tatarabuelos de Pastorcito. Era una foto en blanco y negro, con dos nombres y una fecha escritos por detrás, donde aparecía una mujer gigante abrazando a su marido o, mejor dicho, dejándose abrazar la pierna porque él, estirándose lo más que podía, era un gordito que no le llegaba ni a la cintura. Ese día sus padres descubrieron que Febrerito no era anormal ni raro ni demasiado bajito: simplemente había salido a su antepasado.

2

La aldea donde vivían
Noviembre y Febrerito estaba
en lo alto del Pirineo, en
medio del bosque, en un sitio
remoto e inaccesible del que
los gigantes salían solamente
una vez al año.

Cada marzo iban al pueblo de Rocabruna para participar en el carnaval. Salían muy temprano de la aldea y bajaban la montaña en una fila larga y muy alta que se confundía con los árboles del bosque. Aunque ninguno hablaba, sus pasos producían un escándalo y un temblor en la montaña que hacían huir despavoridos a los pájaros y a las ardillas, a los conejos, a los lobos y a los osos. La gente del pueblo sabía que se aproximaban los gigantes cuando veían pasar huyendo a los animales del bosque y, unos minutos después, sentían el temblor que producían sus pasos.

El carnaval de Rocabruna se inauguraba con un desfile que encabezaban el alcalde y el único policía del pueblo. Luego venía una docena

de camiones y tractores decorados por los vecinos. Después los magos, los trapeceistas, los payasos y los enanos del circo. Al final de aquel desfile, como lo habían hecho desde tiempos inmemoriales, aparecían los gigantes en una larga fila, uno detrás de otro. Los niños se quedaban sin aliento al verlos pasar con sus piernas larguísimas y sus lejanas cabezas que casi tocaban el cielo. Pero lo que más les impresionaba, quizá porque los veían más de cerca, eran sus zapatos: unas alpargatas enormes dentro de las cuales bien podía echarse a dormir un gato.

Todos los pueblos de aquella región tenían su carnaval y en todos había un desfile de gigantes, pero Rocabruna era el único que cada año tenía gigantes de verdad. Los de los otros pueblos eran gente común y corriente que se subía en zancos o que se añadía un torso de madera y una cabeza de cartón encima de los hombros, es decir, eran gigantes falsos, gigantes de ficción: gente normal jugando a ser gigante.

Cuando terminaba el desfile los gigantes regresaban a su aldea en la cumbre de la montaña, salían del pueblo y se internaban en el bosque provocando nuevamente una estampida de osos, pájaros, ardillas, lobos y conejos. Tener gigantes de verdad en el desfile era, para los habitantes de Rocabruna, una cosa tan habitual como lo era tener gigantes falsos para los otros pueblos. Se trataba de tener gigantes en el carnaval y tanto daba si eran reales o de mentira.

Febrerito asistía todos los años al carnaval de Rocabrana. Hacía el viaje sentado en los hombros de su hermano y así participaba en el desfile. El lugar privilegiado que ocupaba Febrerito sobre los hombros de Noviembre

provocaba la admiración de todos los niños del pueblo, que deseaban tener un amigo gigante que los llevara de un lado a otro y que, con su tamaño y su fuerza, los defendiera de cualquier peligro. A Febrerito le gustaba el

